

# INVESTIGACION Y ENSEÑANZA EN LA UNIVERSIDAD



Roberto  
Murillo

En los últimos dos siglos, el saber ha progresado principalmente en las universidades. No es una casualidad que la investigación de la verdad se haya unido nuevamente a la enseñanza superior aca-

démica, como ocurría en la Edad Media, cuando la creación de las primeras universidades. No es lo mismo investigar que enseñar, pero estas dos actividades, de una u otra manera, se implican mutuamente. Ya Santo Tomás decía que "la vida contemplativa es el principio de la enseñanza, tal como el calor no es el calentar mismo, sino principio del calentar, en cuanto que a ello conduce", pero agregaba que también "la vida activa (en este caso, la enseñanza) dispone para la contemplativa" (*De Veritate*, quaest XI, art. IV, resp. 4<sup>o</sup>). Y es que en realidad la meditación nos pide un interlocutor, así como la conversación y la enseñanza nos exigen indagar y reflexionar. Un profesor que dé clases sin estudiar engaña a sus alum-

nos.

Muy frecuentemente no es culpa del profesor no poder investigar, ni para crear ni para recrear el saber. Las instituciones de enseñanza, e incluso algunas universidades, suponen, oficialmente, que sus profesores no deben investigar, ni siquiera estudiar. Hay funcionarios universitarios que se alarman de que un profesor gane dinero por esas actividades.

Y, sin embargo, la investigación pertenece a la esencia de la Universidad, y que ésta no es otra cosa que lo que los hombres en cada caso quieren que sea. Sin duda puede darse a las palabras el significado que se quiere, pero debería existir siempre alguna para designar el albergue institucional del logos, a menos que nuestra arbitrariedad nos permitiera elegirnos, impunemente, en el abandono del logos.

El que vivamos en un país subdesarrollado no puede servirnos de pretexto para inventar una universidad sin investigación. Todo lo contrario. Es precisamente en un país que comienza a abrirse a la vida cultural donde más protección institucional estatal necesita el saber. Además, ¿cómo podría desarrollarse un país que, por complejo de subdesarrollo, limita el aumento de su inteli-

gencia? Hay quien supone que para abrirse al progreso económico-social hay que cerrarse a la vida del espíritu, y "que no podemos darnos el lujo de pensar sino en lo estrictamente práctico". Esta idea implica una mezquina concepción del hombre, pero además, un conocimiento inexacto del progreso económico-social, que históricamente se ha dado primero en los pueblos que han tenido, antes, filósofos, científicos puros y artistas. Así, es palmario que nuestro país necesita más ingenieros, pero es falso que para formarlos deban desaparecer los matemáticos puros.

La Universidad debe asumir oficialmente la investigación y reconocer, por tanto, el estilo de vida que ella supone. Los profesores y alumnos de la Universidad verdadera deben tener una vida interior. Muy bien dice el prof. Georges Gusdorf: "En la Universidad, el profesor imparte una enseñanza personal, fruto de reflexión, de paciencia, de ocio (*loisir*); y el trabajo del estudiante es también un trabajo personal, seguido en lo esencial, en la soledad. Un profesor de Facultad que imparte diez horas de curso por semana no es sino un pseudo-profesor de Facultad..." (*L'Université en question*, p. 129).